

LA PASION DE CRISTO

Cristiano, si no sientes vivamente el gran drama, la inmensa tragedia de la Pasión de Jesús, no mereces llevar tal nombre. ¿Cómo puedes llamarte *de Cristo* si no comprendes ese momento culminante y grandioso del amor del Maestro?

Recuerda aquella su frase, tan cargada, como suya, de verdad: *La mayor prueba de amor es dar la vida por el amigo*; y Cristo derramó hasta la última gota de su sangre, dió su vida toda por tu amor y... ¡de qué manera!

Injustamente te quejas en esas horas de solitaria amargura ocasionadas por la desgarradora desilusión de la falsa felicidad de este mundo o por la triste realidad de la traición de uno que creiste amigo, injustamente te lamentas en esas duras circunstancias por las que todos más o menos pasamos en nuestra vida, injustamente te desesperas y proclamas a todos los vientos de tu desventura: *que la amistad no existe, que todos se mueven por el interés*; pues hay al menos un verdadero amigo que puede colmar tu noble corazón de felicidad, de quien no puedes dudar, ya que tan altas pruebas te dió de su desinterés y amistad: CRISTO JESUS.

Considera bien esas pruebas de su amor, medítalas despacio en el silencio y soledad de tu alma a solas con tu Dios. Al menos en estos días de la Semana Santa, de la más Augusta y santa semana del año.

No la dejes pasar inútilmente, como agua que salta entre peñascales, vacía de fecundidad, sin hacer florecer siquiera una hierbecilla de amor; que no se te vaya todo en emociones exteriores.

Recorre uno a uno en lo interior de tu conciencia esos pasos dolorosos de la Pasión del Señor: Oración del huerto, Coronación de espinas, Azotes, Camino de la amargura con la cruz a cuestas, Crucifixión y Muerte en la Cruz.

Reconstruye con todo el poder mágico de tu fantasía, que tantas veces desvarió, en afán de purificación, esas escenas; hazlas vivir de nuevo dentro de tí mismo:

Mira a aquel Inocente Cordero, a aquel Hombre-Dios purísimo, que pudo decir, como jamás mortal alguno: *¿Quién de vosotros me acusará de un pecado?*, mírale, traicionado, vendido por uno de sus escogidos, mírale cruelmente llagado, cubierto todo su cuerpo de coágulos de sangre, mírale, mírale cómo encorvado por el peso de la cruz aún tiene fuerza para volverse, lleno de amor, a consolar a las piadosas mujeres, que le contemplan asomada a sus ojos la compasión.

Contéplale en la Cruz, fijate bien en la amargura de sus ojos, se ve morir, El, que tanto bien hizo, abandonado de todos y deja salir de tu generoso y noble corazón la promesa de San Pedro sin presunción, confiada en la divina gracia:

¡¡Señor, aunque todos te abandonaren, yo jamás te abandonaré!!

Juan José Pozuelo